

Entre puestos y recuerdos

El sol poco a poco se estaba asomando por el horizonte y, mientras que los colores anaranjados iban apareciendo, la oscuridad de la noche se iba desvaneciendo. Los primeros rayos de sol empezaban a alumbrar el mercado, el ambiente estaba lleno de colores y olores que prometían nuevas historias entrelazadas. Un espacio donde la rutina del día a día parecía mágica.

En un rincón del antiguo puesto familiar, el n.º 10, se encontraba Juan, un vendedor de frutas de mediana edad que, atentamente, organizaba su puesto. Para él todas las mañanas eran iguales, siempre hacía lo mismo, pero con la misma ilusión del primer día: elegía las mejores frutas, colocaba las manzanas en pirámides perfectas y rellenaba las estanterías con sus espléndidas fresas. Lo que caracterizaba a Juan era que siempre llevaba una sonrisa, pero en sus ojos podías observar el peso de sus responsabilidades. Él amaba su trabajo, pero la crisis económica lo mantenía inquieto. “¿Y si algún día nadie viene a comprar?”, “¿Y si no me puedo permitir mantener este puesto?”, “¿Me tendré que ir al paro?”. Solía preguntarse nervioso.

A unos metros se acercaba Inés, una estudiante universitaria de 21 años. Una chica a la que le encantaba apoyar el comercio local y a menudo solía comprar en el puesto de su vecino Juan. Se acercaba con un café en la mano y grandes sueños por cumplir. Había tenido una noche larga estudiando para sus exámenes. Era su último año de carrera y quería sobresalir, pero también lidiaba con la presión de encontrar un buen empleo para su futuro. En el mercado encontraba los mejores ingredientes para preparar su comida, “Hoy tengo que preparar algo especial”, pensaba mientras observaba las frutas expuestas.

De repente, todas las personas del mercado hicieron silencio y empezaron a murmurar entre ellos; Amir acababa de entrar al mercado, era un inmigrante que había llegado hace poco al país buscando nuevas oportunidades. Con sus raíces en la memoria y la nostalgia de su antigua vida, Amir recorría los puestos intentando descifrar los precios y palabras en un idioma que no le era muy familiar, aunque conseguía diferenciar algunas palabras y poder comunicarse. La esperanza brillaba en sus ojos, aunque el miedo de no conseguir trabajo le seguía como una sombra, “¿Debo encontrar algo pronto!”, se decía a menudo. Había dejado atrás su hogar y su familia, quería demostrar que su sacrificio había valido la pena.

Mientras tanto, en un rincón del mercado, estaba Don Ramón, un anciano al que le fascinaba la literatura y, en su tiempo libre, se dedicaba a escribir poemas. Don Ramón había visto pasar la vida tal y como pasaban los días en el mercado; llenos de gente, colores y sueños. Sin duda, él era un experto de la vida. Sus arrugadas manos sostenían el cuaderno donde anotaba versos inspirados en su entorno. Para él, cada persona en el mercado era un poema en movimiento. Había perdido a su esposa hace unos años y, aunque la soledad era una dura compañera, encontraba alegría en escuchar las historias de los otros. “La vida es un verso en constante creación”, solía decir.

Ese mismo día, aunque ellos no lo sabían, sus caminos se iban a entrelazar. Inés, distraída con sus pensamientos, se detuvo a mirar las frutas de Juan. ”¿Cuánto por esas fresas?”, preguntó y, con eso, se desató una conversación sobre la resistencia de los agricultores en los tiempos difíciles.

Amir escuchó desde el otro lado y decidió acercarse, intrigado por la curiosa conversación. “Es maravilloso poder decir que las fresas son un regalo de la naturaleza”, dijo sonriendo con su característico acento. Don Ramón, que escuchaba desde lejos, asentía con la cabeza, sintiendo que esa conversación le podría servir como inspiración.

Poco a poco los cuatro comenzaron a compartir sus historias: Juan habló de su lucha con el negocio familiar; Inés expresó sus temores sobre su futuro laboral; Amir, la ansiedad de encontrar un lugar en una sociedad nueva; y Don Ramón, la belleza de la vida narrada a través del sufrimiento de la vida en soledad.

Cada interacción, cada risa y cada lágrima se convirtieron en hilos que tejían una red de solidaridad entre ellos. Comprendieron que, aunque sus luchas eran diferentes, todos compartían el mismo objetivo, la igualdad. En ese momento, sin ellos darse cuenta, el mercado se convirtió en un lugar de refugio, donde cada uno de ellos encontró consuelo y fuerzas en la comunidad. En el mercado las barreras sociales parecían desaparecer, donde todo el mundo estaba allí y donde cada persona participaba activamente contando su historia.

A medida que el sol empezaba a caer y el cielo se empezaba a oscurecer, en ese mismo día de mercado, no solo intercambiaron productos, sino también esperanzas y sueños. Cada momento había sido mágico, cada palabra, cada gesto de apoyo. Y en medio de todo el barullo del mercado había un gran mensaje: la verdadera riqueza no solo está en los productos que compramos, sino en el respeto y la igualdad con la que nos comunicamos y tratamos a los demás. Porque en ese intercambio cada historia tiene su lugar, cada voz merece ser escuchada y cada persona, sin importar su origen, tiene el derecho de soñar y prosperar.

Así, al terminar el día, recordemos que la igualdad no es solo un ideal; es un objetivo en el que todos debemos luchar. Sigamos construyendo un mercado y una sociedad donde cada corazón encuentre su lugar y donde cada uno sea aceptado como es. Que mañana y siempre, la igualdad sea el hilo que teje nuestras vidas.

DATOS DEL PARTICIPANTE:

Nombre y apellidos: **Guillermo Almansa Torres.**

Categoría: **Juvenil.**

Colegio: **Colegio San José Hijas de la Caridad Alicante.**

Correo electrónico: **vgarcia@colegiosanjosehijascaridad.es**

Teléfono: **965254748.**